

ellas. El trabucaire Reybell toma a Fould por cura del que Sibour es vicario.

Todo está dispuesto para agasajarte, bandido. En el centro resplandece inmenso hogar. Tu águila, que es una lechuza, sirve de blasón al artesonado; el buey Pueblo está asándose en el hogar, la grasa canta al recibir la sangre, y alrededor se hallan sentados, sonriendo y conversando, Magnán, que le dió muerte, y Troplong, que le mandó asar. Se oye el chirrido de la carne y el crepitar del fuego, y con delantal de cuero y con la cuchilla en la mano aparece el carnicero Carrelet. La marmita Presupuesto está también puesta al fuego.

Ven, pues, tú, a quien aman los ju- díos, a quien la Iglesia enciende cirios, que eres a la vez la esperanza de los hijos de Ignacio y de los hijos de Abraham, que vas hacia Tolón y que regresas de Ham; ven, que has terminado la jornada y es el momento de aprovecharte del festín. Siéntate al fuego, en ese cómodo sillón, porque no

hay más amo que tú. Aquí todos te veneran y te proclaman rey; ven, brilla, siéntate, caliéntate, sécate, sé buen príncipe, forajido; despójate de tu grandeza y de tu aureola, que así se llama en ese antro de traidores a la fe jurada. Los héroes, los pensadores llevan, formando magnífico grupo, su inmortalidad irradiando en la frente, pero tú arrastras la gloria con los pies. Entra, pues. Te vas a ver rodeado de pigmeos grandes hombres, que te aclamarán cantándote himnos, microscópicos Atila: ese buey asado es para ti; tu negro Maupas cuida de que no se queme, y tu perro Baroche irá a lamer-te los pies, sin dejar de dar vueltas al asador.

Mientras que en la hostería beben y brindan con estrépito, fuera de ella, por un camino que se pierde en las tinieblas de la noche, aguijoneando el pesado caballo que se acerca lentamente, mudo, pensativo, trayendo órdenes serenas, avanza el Porvenir, llega el gen-darme de Dios.

Jersey, noviembre de 1852.

## LIBRO QUINTO

### LA AUTORIDAD ES SAGRADA

#### I

#### LA CONSAGRACIÓN

En el horrible cementerio, París tiembla, ¡oh dolor!, ¡oh miseria! Tiembla lo mismo que el nenúfar.

Castaing, levanta la losa; París tiembla, ¡oh dolor!, ¡oh miseria! en la hierba de Clamart.

Y grita a voz en cuello:—«¡Yo quie-

ro ser César!» París tiembla, ¡oh dolor!, ¡oh miseria!

Cartouche en su sudario; París tiembla, ¡oh dolor!, ¡oh miseria! Cartouche grita cubierto de sangre:

—Quiero volver al mundo.—París tiembla, ¡oh dolor!, ¡oh miseria!—Quiero ir al mundo para ser majestad.

Mingrat se encarama al púlpito; París tiembla, ¡oh dolor!, ¡oh miseria! Mingrat se encarama al púlpito y dice tocando a muerto:

—Saldré apenas anochezca; París tiembla, ¡oh dolor!, ¡oh miseria! Saldré de noche con mi puñal;

Quiero que me llame hermano; París tiembla, ¡oh dolor!, ¡oh miseria!; quiero que me llame hermano el czar Nicolás.

Poulmann en el osario... París tiembla, ¡oh dolor!, ¡oh miseria! Poulmann en el osario se despierta enfurecido;

Y dice a Mandrín; París tiembla, ¡oh dolor!, ¡oh miseria!; y dice a Mandrín:—Compadre, yo quiero ser emperador.

Lasenaire dice:—Pues también yo quiero... París tiembla, ¡oh dolor!, ¡oh miseria!—ser emperador y ser rey.

Y Soufflard grita; París tiembla, ¡oh dolor!, ¡oh miseria!, mugiendo como un buey:

—En vez de estar en el ataúd... París tiembla, ¡oh dolor!, ¡oh miseria!... en vez de estar en el ataúd, quiero estar en el Louvre.

Así desde su fosa, París tiembla, ¡oh dolor!, ¡oh miseria!; así desde su fosa hablan los ganapanes.

—¡Pardiez! exclama Roberto Macaire; París tiembla, ¡oh dolor!, ¡oh miseria! ¡Pardiez! exclama Roberto Macaire: ¿a qué vienen esos gritos?



\*  
\*\*

¿Por qué tenéis tanto coraje? París tiembla, ¡oh dolor!, ¡oh miseria! ¿Por qué tenéis tanto coraje? ¿Acaso no somos reyes?

\*  
\*\*

Mirad al Padre Santo; París tiembla, ¡oh dolor!, ¡oh miseria! Mirad al Padre Santo, que viene con su gran cruz.

\*  
\*\*

Y hoy nos consagra juntos; París tiembla, ¡oh dolor!, ¡oh miseria!; y hoy nos consagra juntos, juntos con Napoleón III.

Jersey, julio de 1853.

## II

## CANCIÓN

Un día jugaban ante una mesa Dios y el diablo, al que odia el género humano; cada uno tenía su carta; uno se jugaba a Bonaparte y el otro a Mastai.

\*  
\*\*

Uno era humilde cura y el otro un príncipe tuno de pura raza, y en la puesta el Señor puso tan poco cuidado, que las dos jugadas ganólas el diablo.

—«Para ti—le dijo el Dios Padre,—que no sabrás qué hacer de ellos.»—«Te

equivocas»—repuso el demonio sonriendo; y del uno hizo un papa y del otro un emperador.

Jersey, julio de 1853.

## III

## EL MANTO IMPERIAL

Vosotras, a quienes el trabajo alegra; vosotras, que únicamente os apoderáis de los perfumes de la primavera; vosotras, que huís cuando se acerca diciembre; vosotras, que robáis a las flores el néctar para dar miel a los hombres; vosotras, que libáis el rocío, que visitáis los lirios del paradisiaco vergel, hermanas de las flores, hijas de la luz, abejas laboriosas, huid de ese manto, atacad a quien lo lleva.

Obreras generosas, arremolinaos en torno suyo, presentándoos como ejemplo del deber y de la virtud, con vuestras alas de oro y vuestras flechas de fuego, y decidle:

—«¿Por quién nos tomas? Somos abejas. De las quintas, que sombrean espesas parras, adornamos las fachadas; volamos por los espacios azules, y nos posamos en la boca abierta de las rosas o en los labios de Platón.

»Lo que del fango brota, al fango vuelve. Ve a encontrar a Tiberio en su antro y a Carlos IX en su ventana; en tu púrpura no pueden posarse las abejas del Himeto, sino el negro enjambre de Montfaucón.»

Hundidle todas a la vez vuestro aguijón, avergonzando al pueblo que tiembla; cegad a ese inmundo embustero, encarnizaos con él con saña y que le arrojen de la patria los insectos, ya que los hombres le tienen miedo.

Jersey, junio de 1853.

## IV

## TODO SE VA

LA RAZÓN.—Yo me escapo.

EL DERECHO.—¡Adiós, que me voy!

EL HONOR.—Yo me expatrió.

ALCESTES.—Voy a pedir asilo al país de los hurones.

LA CANCIÓN.—Emigro, porque no puedo decir ni una palabra sin que me azoten, no puedo entonar un estribillo sin que me echen mano los polizontes del gobierno.

UNA PLUMA.—Ya nadie escribe; los tinteros están secos; cualquiera diría que vivimos en el Mogol, en Rusia o en Persia. Aquí para nada servimos; vámonos, hermanas mías; abandonemos al hombre y volvámonos adonde están las ocas, de donde hemos salido.

LA COMPASIÓN.—Huyo de aquí. Vencedores sanguinarios, os dejo entregados a vuestros goces y vuelo hacia Cayena, donde me llaman a voz en grito.

LA MARSELLERA.—Abro las alas y voy a reunirme con mis queridos prospectos.

LA POESÍA.—Me voy contigo, Compasión, porque no estoy tan abatida como tú.

EL ÁGUILA.—¿Qué es ese buitre que ponéis en vuestras banderas, franceses? ¿De dónde lo habéis sacado? Es águila en la opinión de Cartouche y de Loyola, pero tiene el pico ensangrentado, y esa sangre es la vuestra, franceses. Me vuelvo a mis montañas; yo tenía que ver con el otro; pero no con éste. Los reyes pueden darle las gracias a este traidor, pero yo no conozco a este

Bonaparte. Senadores y cortesanos, me vuelvo a mis soledades. Vivid vosotros en esa cloaca y en medio del libertinaje.

EL RAYO.—Me remonto con el águila a las nubes, donde pronto estallará el trueno. Voy a recibir la orden.

UNA LIMA.—Ya que sólo se permite ahora morder a las víboras, me marchó también; voy a cortar hierros y cadenas en los pontones.

LOS PERROS.—Ya que nos reemplazan los prefectos, aquí no hacemos falta.

LA CONCORDIA.—Me alejo de aquí. Sólo reina el odio en los corazones sombríos.

EL PENSAMIENTO.—Me he escapado de los bribones para caer en manos de los hipócritas. Diríase que todo muere y que unas tijeras enormes lleguen hasta el cielo para cortar las alas a los pájaros. Ese hombre siniestro ha apagado todos los resplandores. Adiós, Francia; te dejo llorando.

EL DESPRECIO.—Yo me quedo.

Jersey noviembre de 1852.

## V

Bandera de Wagrám, país de Voltairre, poder, libertad, antiguo honor militar, principios, derechos, pensamiento, vuestra gloria se ha fundido en estos instantes en el envilecimiento. Los miserables confían en su propia pequeñez. —«Ya que pesamos poco, reinemos»—dicen.—Pero no tienen en cuenta esos pigmeos vencedores, que desde el fondo de un antro saltaron sobre el pavés, que cuando se gobierna a un pueblo insignie, a un pueblo en el que el honor resuena y tiene eco, los hombres pesan



más cuanto más pequeños son. ¿Tratan quizá de trocar este país de ilustración en un país de ignominia? Es triste ver que van borrando de los corazones, sin saber lo que se hacen, los instintos más dignos y más venerables. Esos hombres funestos despertarán al fin las rebeliones a fuerza de humillar la cabeza del león. El león está tendido en tierra, y cansado, dormita en la obscuridad, a la que le han relegado; no abre sus fauces, es verdad; sus garras monstruosas duermen; pero no le excitéis, porque despertará.

Jersey, junio de 1853.

## VI

Se puede ser Tiberio, o Judas, o Dracón, y a falta de Montfaucón, tener a Lambesa. Se puede forjar una cadena para el pueblo, encarcelarle, desterrarle, desterrar al libre pensador. Hacer que todo sucumba; comprimirlo todo, esfuerzos, esperanzas, pesadumbres, la libertad, el derecho, el porvenir y el progreso, con leyes de hierro y con jueces de bronce. Puede el señor dormirse y exclamar alborozado:—«El hombre no tiene ya alma y el cielo no tiene ojos.»

Pero esta es la ilusión de los tiranos: el tiempo pasa y las horas huyen; la simiente germina y crece en la tierra y el agua corre por debajo de los puentes, y llega un día en que esas leyes de silencio y de muerte se desbordan de repente, como impulsadas por fuerza prodigiosa; se abren estrepitosamente las puertas mal cerradas y se llena la ciudad de antorchas encendidas.

Jersey, agosto de 1853.

## VII

## LAS GRANDES CORPORACIONES DEL ESTADO

Pasarán esos hombres arrastrándose como los reptiles por la arena. ¿Qué harás entonces de ellos, pueblo? La repugnancia despierta la locura. Retengamos la cólera ardiente acumulada en vuestro pecho, y si has de creerme, toma, pueblo, un garrote el día del castigo.

Burlesco séquito de Soulouque, duques de Trou-Bonbon, marqueses de Cassonade, protectores del ladrón; de vosotros no sabrá qué hacer ni la poesía sublime, ni la poesía mordaz; sois demasiado grotescos para el Dante y demasiado sangrientos para Scarrón.

Juglares, repugnantes por el alma y por la esclavitud, estáis seguros de que llegará para vosotros un día tremendo, y tembláis; creéis que desde el destierro en que nos encontramos deseamos desollaros; tranquilizaos, negros-blancos.

Comprendo que Cambises hubiera tenido el corazón suficientemente duro para hacer que Troplong se sentase sobre el pellejo arrancado de Baroche, y que al poco tiempo hubiera exclamado:—«Este otro es peor; que le estrangulen.» Convengo también en que hubiera hecho sentarse a Delangle en el pellejo de Troplong.

Pero Cambises era necio y digno de ser augusto; como si bastase para ser justos, para no ser traidores a la ley ni tráfugas, convertir en sillón el pellejo de un juez.

Aquel día, tú, pueblo, dirás:—«Todos esos hombres se asemejan; veámos-

## VIII

les las manos», y todos temblarán como lobos cogidos en el cepo. Unos están manchados de sangre: mandarás que los laven y los enviarás a presidio; pero a los que sólo estén sucios de cieno les dirás:—«¡Fuera de aquí, criados!»

En vano la ley agonizaba, pidiendo auxilio; vosotros os repartisteis los vestidos de la muerta. El César compró todos nuestros derechos, y vosotros los habéis puesto en venta, y sus traiciones han tenido por sirvientas a vuestras cobardías.

Huid y vivid, malvados sacerdotes y malvados jueces, pero desapareced de nuestra vista, y que no veamos ya en toda la superficie del universo nada que se os parezca.

Vivid si podéis y que la ignominia os sirva de refugio. Tú, cardenal Basilio, y tú, senador Crispín, podréis beber y comer en vuestros apartados refugios, si el desprecio se bebe como el agua en las fuentes, si el oprobio puede mascararse como pan.

Entonces, pueblo, acogotaremos a esos bribones y los arrojaremos de Francia a puntapiés, y las cabezas de mármol que se destacan en el Luxemburgo, de Licurgo y de Catón, aprobarán este proceder.

Ciudadanos, el abismo abre su horrible boca para devorar a esos hombres viles, y nada debe importarnos que por la noche, algún transeunte solitario, viendo salir por la trampa de una cloaca a un pocero, exclame:—«¡Calle! ¡Es Troplong!»

Nada debe importarnos que Rouher se cuadre en el puente Nuevo, que Baroche y Delangle, al despojarse de las togas, se pongan mandiles, y que después de manchar las almas del pueblo, se ofrezcan a limpiarle las botas.

Jersey, junio de 1853.

El progreso tranquilo y fuerte desconoce el derramamiento de sangre. Reina siempre como conquistador desarmado; al ver el hacha o la espada mira a otra parte horrorizado, porque el dedo eterno escribió en el azul del cielo que la tierra pertenece al hombre y el hombre a Dios, y que la fuerza invencible es la fuerza impalpable. ¡Pueblo, no derrames sangre nunca! La sangre que se derrama, virtuosa o culpable, sube desde las manos a la frente; cuando llega hasta allí, ya no hay esperanza; una sola gota basta para impregnar toda nuestra alma. No hay en la historia una sola mancha de sangre que no se extienda poco a poco en el alma de los verdugos. Es necesario convencerse de que la venganza es la tumba más fatal. Hasta el hombre en el que recae su propio crimen, sale lleno de sangre del sepulcro y manchado con el cieno del desprecio. El calabozo del desprecio se cierra para los bribones de peor calaña; la tumba obscura se vuelve a abrir; poco importa que sea profunda y esté recubierta de paredes; poco importa que losa de mármol la tape; cuando la creéis herméticamente cerrada, el fantasma pensativo levanta con su cabeza la pesada mole de piedra y sale. Aunque coloquéis sobre su tumba una fortaleza y una montaña de granito, el fantasma es más pesado que el granito y levanta esa montaña como una hoja seca. Mirad, ved cómo sale; ¡es necesario que salga! ¡es necesario que vaya y venga arrastrando la mortaja! Se os aparece cuando estáis solos y os dice:—«Soy yo.» Cualquier viento que sople os lo trae, y por la noche lo oiréis llamar a



vuestra puerta. Detesto a los exterminadores, tanto si tienen derecho a serlo como si no lo tienen; pero más que detestarles les compadezco. Se les ve a través de la severa historia, en la que únicamente vive lo verdadero, huir hacia la obscuridad rodeados de eternos espectros.

Jersey, octubre de 1852.

## IX

CANCIÓN DE LOS QUE SE VAN POR EL MAL

*Aire bretón*

¡Adiós, patria! El mar está tempestuoso. ¡Adiós, patria azul!

\*

\*\*

¡Adiós, casa; adiós, parra de dulces frutos; adiós, flores preciosas del jardín. Adiós, patria, cielo, bosque, prado!... ¡Adiós, patria azul!

\*

\*\*

¡Adiós, patria! El mar está tempestuoso. ¡Adiós, patria azul!

\*

\*\*

¡Adiós, prometida de frente cándida; el cielo está negro, el viento ya ruge! ¡Adiós, patria, Ana, Inés, María!... ¡Adiós, patria azul!

\*

\*\*

¡Adiós, patria! El mar está tempestuoso. ¡Adiós, patria azul!

Nuestras miradas melancólicas, privando el infortunio, vagan desde el sombrío oleaje hasta el porvenir incierto. ¡Adiós, patria! Por ti llora mi corazón. ¡Adiós, patria azul!

En el mar, 1.º de agosto de 1852.

## X

NO TE DESPRENDERÁS DE ÉL

## I

Se dice a sí mismo: — «El imperio vacila, la victoria aun no es segura. Trata de marcharse retrocediendo cautelosamente, pero se queda escondido. Continúa diciendo: — «El techo amenaza derrumbarse; si me ven, me pedirán que salga.» Sin atreverte a permanecer ni a huir, miras perplejo al techo, ya a la puerta; pones tímidamente la mano sobre el cerrojo... ¡Salgas de ese fúnebre asilo, que la ley que ellos han metido en un hoyo se esconde en la obscuridad. No sales de ahí, que ahí está la ley que ellos han muerto, y yace en el ataúd, sobre el cual han puesto la guadaña y ha cogido entre sus dos tapas un pedazo de manto.

Entretanto que en el Eliseo, celebrando fiestas y quemando incienso cantan y gozan y riendo olvidan, tú palpides y sientes un espectro que se levanta por tierra bajo tus pies. De ahí no puedes escaparte. ¿Crees que por que dejes la casa huirás de tu destino? ¡Vanamente intentas vender a la multitud indignada! ¿Quieres renegar

ladrón servil que te admira y que te honra? ¿Habiendo sido Judas para Jesús, quieres ahora ser Judas para Barrabás? ¿No has sostenido la escala a esos villanos, que eran tus cómplices? ¿No cosiste de antemano el saco de esos ladrones? Habitan esa guarida el odio, la mentira y la traición. Pretendes salir de ella... ¿con qué derecho? ¿No eres más zorro y más víbora que tus camaradas?

## II

Cuando la Italia, cubierta de luto, enarboló desde el Tíber hasta el Pó su espléndida bandera; cuando ese gran pueblo, que se acostó siendo un rebaño y se levantó constituido en República; cuando Roma, oprimida por pesadas cadenas, lanzó el sagrado grito de libertad, tú le cortaste las alas, tú cubriste con negro capuchón su faz imperecedera. Tú restauraste las escuelas degradadas de Montrouge y Saint-Acheul, en las que se pone un sudario en el alma y una mordaza al pensamiento. Soñando tal vez en el progreso del hombre embrutecido, entregaste el niño a los jesuitas lujuriosos, cautelosos y sombríos y amantes del mal.

¡Pobres niños los que se han alimentado con esa leche, los que nuestras esposas mecieron en la cuna, a los que esos cazadores cogieron en sus redes las almas tiernas! Esos son los que preparan el porvenir del género humano.

## III

Como los baskirs sobre el París oprimido, y como los croatas, creadores de la nada, habéis triunfado con vuestros odios hipócritas; y alborozados por ha-

ber hecho dominar vuestras innumerables preocupaciones, lanzáis sobre los vivos urnas llenas de tinieblas, corréis a saludar a Napoleón *el Pequeño* y a bailar en su orgía. Habéis mancillado el gran siglo, que era un Panteón y ahora es un muladar. Habéis consagrado en Roma al César que reina, al asesino que durante la noche se abalanza sobre el que está descuidado, y poniéndole la rodilla en el pecho, lo estrangula. Ensalzad al César que hace temblar, adorad su buena estrella, pero tened presente que Dios puede cambiar la faz del mundo, como se cambia una decoración de teatro. Y esta decoración cambiará; Dios vengará su propia causa, y las ciudades entonarán himnos de júbilo. Dentro de poco tiempo acabará vuestro poder; porque nosotros somos los elegidos, y cuando llegue nuestra hora, no veréis la sonrisa en nuestros labios. Os lo predigo, a pesar de vivir en la orilla del mar, entre peñascos seculares, porque contemplando ese vasto abismo oigo en lontananza rugir el trueno.

## IV

Continúa siendo su jefe, que este es tu castigo; sigue siendo el hombre de la discordia. Esos miserables han cogido durmiendo al género humano y le han atado con cuerdas. Has querido deshacer con horrible audacia las almas que Dios creó; pues bien, tiembla y llora y aguarda que caiga sobre tu frente el daño que causaste. A medida que vienen la ignorancia, acompañada del olvido y el error, a medida que mengua la inteligencia humana, haciendo más perverso al hombre, crecen y aumentan vuestras culpas, como al ponerse el sol se aumenta la sombra de los árboles.



V

Continúa siendo su apóstol, que digno eres de ello y en eso está tu enorme culpa, y contempla temblando el recuerdo maldito que dejarás a la posteridad. Vemos, torpe retórico de los antiguos y vocingleros partidos, que conductores y arrastras con tus oscuros discursos, colgadas de ellos, como de ensangrentados garfios, a ilustres muertas: a la justicia, a la fe, bello ángel que abofeteó la estola papal; a la verdad, con los ojos cerrados; a la libertad, pálida y desmelenada, y a esas dos hermanas, madres ambas de la humanidad, a Roma, que nombro llorando, y a Francia, en la que por refinamiento de perversidad cae la sangre vertida en Roma. ¡Hombre funesto! como enseñanza, como ejemplo, la historia te mostrará en la obscuridad, como se enseña una horca rodeada de esqueletos levantada en triste colina.

Jersey, enero de 1853.

XI

PAULINA ROLAND

No conocía el orgullo ni el odio; era cariñosa, pobre, sencilla y apacible; a menudo le faltaba el pan necesario para vivir. Tenía tres hijos, y esto no la impedía ser la madre de cuantos sufrían. Ni la infundían temor, ni la espantaban los terribles acontecimientos que se fraguan de noche, los flujos ni los reflujos, los abismos abiertos, los pigmeos socavando silenciosamente los pies de los gigantes, ni los malhechores célebres o desconocidos. En su obscuridad entreveía a Dios creando el porve-

nir y en su alma se reanimaba constantemente la fe; de la santa libertad atizaba sin cesar las llamas. Los niños y las mujeres la veían siempre solícita, preocupándose por ellos, y diciéndoles a los trabajadores mientras les tendía la mano: — «La vida aquí es muy trabajosa, pero en otra parte será mejor para todos.» En unos hacía renacer la fe, en otros la esperanza; era una especie de apóstol formado por Dios del corazón de la madre y de la mujer, para que fuese tierno y convincente. Calmaba al hombre más feroz el timbre de su voz sincera; visitaba solícitamente a los infelices que vivían en la miseria, a los que abatía el dolor o el hambre, a los enfermos que yacían en miserable jergón. Cuando por casualidad era menos pobre y tenía algo que dar, lo repartía como tierna hermana; cuando nada poseía, daba su corazón. Tranquila y majestuosa, amaba como el sol brilla. La humanidad era para ella una familia y sus tres hijos el género humano. Por todas partes pregona la fraternidad, el amor y el progreso, haciendo entrever a los que sufrían horizontes espléndidos.

Por haber hecho Paulina Roland su vida de caridad, el salvador de la Iglesia y del orden la prendió y la encerró en la cárcel. Entró en su prisión sonriendo tranquilamente, porque la espada de hiel no repugna a los labios puros. Durante cinco meses sufrió contacto impuro; el olvido, la risa ultrajante del vicio y el pan negro que arrojan a través de los barrotes para que los pobres no perezcan de hambre. Edificó con su grandeza al malvado habituado al crimen, y enseñó la virtud a la ladrona y a la prostituta. Transcurrido ese tiempo, un soldado fué a decirle: — «Somos teos al reinado que comienza; apor-

tad de vuestra fe; si no lo hacéis así el perdón no os alcanzará; iréis a Lambesa. Elegid.» Ella, eligiendo, contestó: — «Lambesa.» Al día siguiente abrióse la verja y entró por ella un coche celular. — «Me destierran a Lambesa», exclamó apaciblemente. Otras muchas mujeres se hallaban encerradas en la misma cárcel por haber defendido el derecho; pero como el carruaje no podía conducir las a todas, París las vio atravesar de bráceros y escoltadas por esbirros soeces que las trataban con dureza y con descortesía. Si algunos transeúntes sorprendidos se aproximaban a ellas, para saludarlas con el sombrero en mano, los esbirros les dirigían sonrisas malignas y los transeúntes se apartaban exclamando: — «¡Son rameras!» y Paulina Roland las consolaba diciéndolas: — «Valor, hermanas mías.» Llegaron a la costa procelosa de Africa, a los arenales, a los desiertos abrasados por un sol de fuego. Paulina Roland, desfalleciendo de angustia pero sonriendo, decía a sus compañeras afligidas: — «¡Valor, que ya hemos llegado!» Pero cuando se hallaba sola, lloraba también, porque tuvo que separarse de sus tres hijos. Un día, un carcelero dijo a la desventurada madre en la Casba de Bone, en los calabozos sofocantes: — «¿Queréis ser libre y volver a reuniros a vuestros hijos? Pedid perdón al príncipe.» Y aquella mujer fuerte le contestó: — «Me reuniré a ellos cuando muera.» Desde entonces los malvados agotaron contra la mártir de humilde, pero de indomable corazón, todo el odio y toda la ferocidad de que son capaces. Desterraron a los presidios de Africa, a esos infiernos que exploró Ribeirrolles, a una mujer, a una madre, sola y enferma. Pero no lograron vencerla la cana de campaña, el frío, el calor, el hambre; de día el sol abrasador, de noche la miseria repugnante; el trabajo sin descanso y todos los ultrajes. Cuando se veía muy abatida, se reanimaba diciéndose a sí misma: — «Suframos, como sufrió Jesús, como sufrió Sócrates.» La consumía la fiebre, y triste y demacrada, caía de noche sobre un haz de paja corrompida, murmurando el dulce nombre de la patria. La relegaron a una miserable cabaña, porque la enfermedad le consumía la vida, al mismo tiempo que le engrandecía el alma, y exclamó gravemente: — «Es útil, quizás, que alguna mujer muera por la justicia y por la libertad.» Viendo que agonizaba y haciéndose cargo que tendrían que dar cuenta de ella, los verdugos tuvieron miedo, ya que era imposible que tuvieran vergüenza, y el héroe del 2 de diciembre le levantó el destierro: — «Ya que está en peligro de muerte, que regrese a la patria», dijo. Se la llevaron de Africa, sin decirle a dónde la conducirían; al llegar a Lyon se apoderó de ella la agonía. Sus pupilas se obscurecían, como se obscurece una estancia cuando se extingue la luz que la alumbraba; y la sombra de la tumba apareció en su semblante lívido. Su hijo se apresuró a ir donde ella estaba para recoger en su hora suprema sus últimos suspiros y sus postreras miradas, pero no llegó a tiempo. Su pobre madre había muerto a fuerza de sufrimientos sin saber que se encontraba de nuevo en su patria; murió en medio del delirio, gritando sin cesar: — «¡Hijos míos!» Nadie se ha atrevido a llorar en sus exequias. Descansa eternamente la pobre mártir. Obispos, calaos la mitra y cantad *Te Deum* al emperador.

Jersey, diciembre de 1852.



## XII

El mayor atentado que puede cometerse es aherrar a Francia o agarrotar a Roma; es, en cualquier país y en cualquier ciudad, quitar el alma a cada individuo y la libertad a todos. Es entrar con la espada desnuda en el augusto recinto de la justicia, es asesinar la ley en su mismo templo, es cargar de cadenas a todo un pueblo; este crimen odioso Dios no puede olvidarlo jamás. Cuando se comete tan horrible atentado, en vano se espera el perdón; la pena, desde el fondo de los cielos, se pone en marcha lentamente y sin detenerse viene, y cumple su cometido con la mirada serena, trayendo bajo el brazo un látigo con puntas de acero.

Jersey, noviembre de 1852.

## XIII

## LA EXPIACIÓN

## I

Nevaba. Vencida por su propia victoria, el águila imperial doblaba por la vez primera la cerviz. El emperador se retiraba con lentitud dejando arder tras sí a Moscou humeante... Nevaba. El crudo invierno se fundía en aludes, y a una llanura blanca seguía otra llanura cubierta de nieve. No se distinguían los jefes ni las banderas. Lo que ayer fué el grande ejército, era a la sazón desbandado tropel, en el que no se conocían ya ni el centro ni los flancos. Nevaba. Los heridos buscaban abrigo en los vientres de los caballos muertos, y en el umbral de los desolados vivacs

permanecían los cornetas, helados, en sus puestos, de pie o montados, silenciosos, soportando la nieve, pegando la boca petrificada a las trompetas de metal. Llovían por todas partes balas, granadas y metralla, mezcladas con blancos copos de nieve; los granaderos, sorprendidos de su propio temblor, andaban cabizbajos y taciturnos, con los bigotes grises helados. Nevaba continuamente. El huracán soplaba con ímpetu furioso; sobre el hielo y la nieve, y por sitios desconocidos, iban con los pies desnudos y careciendo de viveres. No parecían hombres vivos, ni guerreros, sino fantasmas errantes en medio de la bruma, procesión de sombras que caminaban bajo un cielo negro. La vasta soledad, que siempre infunde horror, aparecía por todas partes muda y amenazadora. El cielo, de acuerdo con la nieve espesa, fabricaba silenciosamente para aquel gran ejército inmensa mortaja, y sintiéndose cada cual morir, se veía abandonado. ¿Saldrían de aquel funesto territorio? Tenían que combatir a dos enemigos, al czar y al Norte, y el Norte era el más temible y poderoso. Arrancaban los cañones para quemar las cureñas. El que se acostaba se moría helado. Huían en grupo siniestro y confuso, y en su huida devoraban los el desierto. Entre los repliegues que formaba la nieve, podrían verse los regimientos que yacían allí durmiendo en sueño eterno. Fugitivos, heridos, moribundos, cajas, camas y angarillas, todo se amontonaba en los puentes para pasar los ríos; se dormían diez mil hombres y se despertaban cien. Ney, al que obedecía un ejército, huía en aquel momento defendiendo su reloj de tres sacos. Todas las noches se oían estas voces:—*¡quién vive! ¡alerta! ¡al asalto! ¡al ataque!*, que lanzaban fantas-

mas que surgían de la sombra, arrebatándoles los fusiles, y luego los arrollaban y los batían, lanzando alaridos horribles y gritos parecidos al graznido de los buitres; eran horrorosos escuadrones, eran aludes de hombres salvajes. Así se deshacía el ejército en la obscuridad. El emperador hallábase allí, de pie e impávido, como un árbol que la segur amenaza. Sobre aquel gigante, cuya grandeza fué respetada hasta entonces, se encaramó la desgracia, como leñador siniestro, y la fuerte encina que insultaba el hacha, estremeciéndose de ira bajo el espectro de los lúgubres desquites, miraba a su alrededor caer sus ramas; jefes, soldados, todos morían. A todos les llegaba el turno, y mientras, rodeando con cariño la tienda de campaña de su caudillo y viéndole pasear por ella, los que quedaban vivos seguían creyendo en su buena estrella y acusando al destino del crimen de lesa majestad, él se sintió de pronto con el alma desmayada. Estupefacto al presenciar el desastre, no sabiendo a qué atribuirlo, el emperador se dirigió a Dios; el hombre glorioso tembló; Napoleón comprendió que quizás expiaba algún atentado, y lívido, agitado, ante sus legiones tendidas en la nieve, exclamó:—*«¿Esto es un castigo, Dios de los ejércitos?»* Entonces oyó que una voz le llamaba por su nombre en la obscuridad y le decía:—*«No.»*

## II

¡Waterloo, Waterloo, sombría llanura! Como ola que bulle en recipiente demasiado lleno, en tu circo de bosques, de valles y de colinas, desató la pálida muerte sus silenciosos batallones. Se estrellaron en aquel embato sangriento, Europa por una parte y Francia por

la otra. Dios burló las esperanzas de los héroes; se cansó la fortuna y desertó de ellos la victoria. Waterloo, lloro y me detengo ante ti, porque los últimos soldados de la última guerra fueron sublimes; habían vencido en casi todas las naciones, destronaron a veinte reyes, pasaron los Alpes y el Rhin, y engrandecían sus almas los toques del clarín.

Era el anochecer; la pelea se encarnizaba de una manera horrible; el emperador tomaba la ofensiva, y casi había ya conseguido la victoria. Pudo conseguir acorrallar en un bosque a Wellington. Con el anteojo en la mano observaba con frecuencia el centro del combate, punto obscuro en el que se agitaba lo más rudo de la batalla, en el que reinaba espantosa confusión; y otras veces observaba el horizonte, que estaba negro como el mar. De pronto exclamó con júbilo:—*«¡Viene Grouchy!»* Pero se equivocó, que el que avanzaba era Blucher. Entonces la esperanza cambió de campamento y el combate cambió de alma. El desorden creció como una llama a la que se añade combustible. Las baterías inglesas destrozaron nuestros regimientos. La llanura donde ondeaban las banderas acribilladas fué desde entonces un abismo de llamas, rojo como una fragua, en el que caían los batallones degollados, como en los campos las espigas maduras a los golpes de las hoces del segador. Aquello fué horrorosa carnicería. Inquieto el emperador, conoció que tenía perdida la batalla; y volviéndose hacia un mamelón, donde se hallaba reunida la Guardia imperial, que constituía su esperanza suprema y última, gritó:—*«¡Que entre en fuego la Guardia!»* Y lanceros, granaderos de botines de Terliz, dragones, que Roma hubiera toma-



do por legionarios, coraceros, artilleros que arrastraban tormentas, todos los de Friedland y los de Rívoli, comprendiendo que iban a encontrar la muerte en aquella gigantesca refriega, saludaron a su dios, que se erguía en medio de la tempestad; y las bocas de aquéllos exclamaron al unísono: «¡Viva el emperador!»

En seguida, a paso lento, sin furor, con la música al frente, sonriendo a la metralla inglesa, la Guardia imperial entró en aquel horno. Napoleón, confiando en ella, la miraba obstinadamente, y apenas desfilaron sus veteranos soldados por delante de los cañones ingleses, que disparaban sin cesar, vió, uno tras otro, fundirse en aquel horrible abismo sus regimientos de granito y de acero, como cera en el fuego. Avanzaban con el arma al brazo, con la frente erguida, graves, estoicos; ni uno solo retrocedió. ¡Dormid en paz, muertos heroicos! El resto del ejército, vacilante ya, desmayaba al ver morir la Guardia imperial. Entonces, elevando de repente su voz desesperada la Derrota, gigante de rostro espantado, pálido, poniendo el terror en los más bravos batallones, cambiando de pronto las banderas en andrajos, se levantó, creciendo desmesuradamente en medio de los ejércitos; la Derrota se apareció al soldado aterrorizado, y retorciéndose los brazos, gritó:—«¡Sálvese el que pueda! ¡Sálvese el que pueda!»—¡Qué horror! ¡Qué afrenta!—gritaron todas las bocas; y en seguida huyeron todos, locos, aterrados y feroces, como si se hubiera apoderado de ellos el frenesí, por entre las pesadas cajas y los empolvados furgones, cayendo en los fosos, ocultándose en los campos de centeno, arrojando los chakós, los fusiles y las mantas, lanzando las águilas sobre los

sables prusianos. Estremecíanse, aullaban, lloraban y corrían. En un abrir y cerrar de ojos, como paja inflamada que arrastra el viento, se desvaneció el gran ejército; y aquella llanura vió huir a los que hicieron huir al universo.

Cuarenta años han transcurrido desde entonces, y aquel rincón de la tierra, que se llama Waterloo, aquella llanura fúnebre y solitaria, aquel campo siniestro en el que Dios confundió tantas nulidades, tiembla aún de haber presenciado la fuga de los gigantes.

Napoleón vió correr como un río hombres, caballos, tambores y banderas; y ante aquel desastre sintió confusamente despertarse en él el remordimiento, y levantando las manos al cielo, exclamó:—«Murieron mis soldados y yo quedé vencido; mi imperio se ha roto como un vaso; ¿esto es, ¡oh, Dios, que me castigas?» Entonces, entre los clamores del combate y los estampidos del cañón, oyó otra vez la voz, que le respondía: «No.»

## III

Cayó, y Dios cambió la cadena de Europa.

En el fondo de los mares y envuelto por la bruma se levanta una roca pugnante, que es una ruina de los antiguos volcanes. El Destino tomó de vos, un martillo y argollas, y cogió el rayo, y regocijado fué a clavarlo en un picacho secular, excitando con risa burlona al buitro Inglaterra, por que le royese el corazón.

Así se desvaneció ese esplendor menso. Condenaron al emperador, de que el sol se levanta hasta que noche tiende sus sombras, al aislamiento, al abandono, a la cárcel, poniéndole

le un soldado por centinela, dándole por horizonte el mar, rocas desnudas, bosques espesos, el fastidio, la inmensidad del espacio y velas que huyen, como la esperanza que pasa. Le condenaron a oír siempre el ruido de las olas y el ruido de los vientos. ¡Adiós, tienda de púrpura, con penachos movibles; adiós, caballo blanco que el César espoleaba! Ya no tiene tambores en los campamentos, ni coronas en la cabeza, ni reyes prosternados con espanto ante él; ya no arrastra el manto, ya no es emperador; Napoleón vuelve a ser Bonaparte.

Como el romano herido y sangrando por la flecha que le lanzó el parto, pensaba sombríamente en el incendio de Moscou. Un cabo inglés podía ya entonces decirle:—«¡Alto!» Su hijo quedó en manos de los reyes, su mujer en brazos de otro. Más vil que el cerdo, que hocica en el establo, su Senado, que le adoró, le insultaba entonces.

A la orilla del mar, a la hora en que el viento cesa, por las escarpaduras que ocultaban las sombras de la noche, caminaba solo y absorto en vagas ideas. Por los montes, por las olas, por los cielos, triste pero altivo, deslumbrado aún por las batallas de ayer, dejaba errar su pensamiento al azar. Las águilas que pasaban no le conocían. Los reyes, que eran sus carceleros, le trazaron con un compás el círculo inflexible, del que no podía salir, y en el que se asfixiaba. La muerte, cada vez más visible, erguíase en medio de su noche, y pasaba ante su vista como la mañana fría de un día misterioso. Palpitaba aún su alma, que se le escapaba del cuerpo. Un día escondió la espada en la cama, se acostó con ella y dijo:—«¡Hoy se rá!» Se cubrió con el manto de Maringo; y pasaron ante sus ojos las bata-

llas del Nilo, del Danubio y del Tiber, y exclamó:—«¡Aquí me tenéis; soy el vencedor; veo correr las águilas hacia mí!»—Pero al volver la cara para morir, vislumbró, en pie, a la puerta de su casa desierta, a Hudsson Lowe, que le vigilaba, y entonces, gigante hollado por los reyes, gritó:—«¡Señor, esto ya es demasiado! ¡Bastante me habéis castigado ya!»—La voz de otras veces le contestó:—«Todavía no.»

## IV

¡Oh, espantosos acontecimientos, confundíos con las sombras de la noche! El emperador muerto cayó sobre el imperio destruido. Napoleón fué a dormir el sueño eterno a la sombra de los sauces, y entonces los pueblos, desde el uno al otro polo, olvidando al tirano, se apasionaron por el héroe. Los poetas, estigmatizando a los reyes verdugos, consolaron aquella gloria abatida. Volvieron la estatua a la Columna, de donde había sido arrancada, y cuando levantaban la vista, le veían en pie, dominando a París, sereno; solo, de día a la luz del sol y de noche a la luz de las estrellas. Grabaron su nombre en las columnas del Panteón. Nadie veía ya más que una de las dos fases de su época; nadie recordaba más que sus días de esplendor, porque consiguió embriagar a la historia con su grandeza; su gloria deslumbró los ojos de la justicia, que sólo le contempló bajo el prisma de Eylau, de Ulm, de Arcole y de Austerlitz, y como en los sepulcros de los antiguos romanos, se hojearon los anales de sus proezas, y humilladas las naciones aplaudían cada vez que sacaban de su suelo soberano, o el cónsul de mármol, o el emperador de bronce.



## V

La reputación crece cuando el hombre yace en la tumba; pero ningún mortal oyó desde la suya que el mundo entero se ocupase de él como Napoleón.

El mundo decía:—«La victoria siguió a ese hombre por todas partes; jamás vió la historia sombría transeunte tan prodigioso.

» ¡Gloria al señor que duerme bajo tierra! ¡Gloria al conquistador audaz! Le hemos visto subir soberbio las primeras gradas del cielo.

» Enviaba valerosamente, tomando a Moscou, tomando a Madrid, todas las ilusiones de su genio, a luchar contra el destino.

» A cada momento, al entrar en la liza, ese hombre de gigantescas aspiraciones proponía a Dios grandes caprichos, que Dios algunas veces no consentía.

» Era algo más que un hombre; decía grave y radiante, mirando a Roma con fijeza:—«Ahora reino yo.»

» Quería ser a la vez héroe y símbolo, pontífice y rey, faro y volcán, convertir el Louvre en Capitolio y Saint-Cloud en Vaticano.

» César hubiera dicho a Pompeyo: Puedes envanecerte de ser mi segundo, y se veía brillar su espada en el fondo de la tonante nube.

» Deseaba en el frenesí de su vasta ambición conseguir que las naciones se arrodillasen ante sus caprichos.

» Y como en profunda urna, mezclar razas, lenguas, ingenios, derramar a París por todo el mundo y encerrar el mundo en París.

» Como Ciro en Babilonia, quería, regido por su mano, hacer del mundo un

solo trono y del género humano un solo pueblo, y fundar, venciendo todas las dificultades, tal imperio para él, que Jehová desde las nubes tuviera envidia a Napoleón.»

## VI

Por fin, triunfando de la muerte, se emancipó, y el Océano devolvió su ataúd a la Francia. Descansaba en paz más de doce años bajo el dorado domo, consagrado por el destierro y por la muerte. El que pasaba cerca del severo monumento, creía verle con la frente coronada, con el manto sembrado de abejas de oro, mudo y yaciente bajo aquella bóveda donde nada se mueve; a él, al hombre que encontraba la tierra pequeña, cuando empuñaba el cetro con la mano izquierda y la espada con la mano derecha, teniendo la grande águila a sus pies con los ojos medio cerrados; y el que así se lo representaba, decía:—«Aquí duerme César.»

Dormía confiado y tranquilo, dejando avanzar hacia el progreso a la inmensa ciudad.

## VII

Una noche—siempre es de noche en la tumba,—se despertó. Brillando como espantosa antorcha, herían su vista visiones extrañas; bajo la bóveda de piedra resonaban carcajadas; lívido se incorporó: la visión tomó vastas proporciones y una voz que no le era desconocida, le dijo:—«¡Despierta! Ya nada significan, Sire, ni Moscou, ni Waterloo, ni Santa Elena, ni el destierro, ni los reyes carceleros, ni la altiva Inglaterra a la cabecera de tu lecho de muerte. Este es tu castigo.»

Entonces la voz se hizo bronce

amarga, estridente, agria como el sarcasmo, ardiente como la ironía; era la risa que se cebaba en un semi-dios:—«Sire, te han retirado del Panteón; Sire, te han hecho descender de tu alta columna; mira: esos forajidos cuyo enjambre susurra, esos repugnantes bohemios, esos vencedores insolentes, te tienen en su poder y te han hecho su prisionero. Te han cogido. Mueres como un astro que se pone. Napoleón el Grande, el emperador, renace hoy en un Bonaparte, écuyer del circo Beauharnais. Te alinean con él y hacen de ti lo que les viene en gana; en voz alta te llaman gran hombre y en voz baja te califican de galopin. Arrastran por París, que les ve establacerse, sables, que en caso preciso sabrían engullirse, y a los transeuntes apiñados ante sus palacios, oyé cómo les dicen:—«Imperio de gran espectáculo. El Papa forma parte de la compañía, pero aun tenemos actores más notables, como por ejemplo, al czar, pero no es más que un partiquino y el Papa no es más que un comparsa. Nosotros tenemos al hombre de bronce, tenemos al sobrino del gran Napoleón. Fould, Magnán y Parien-camaleón, enseñarán un Senado de ayu-yaso Tromplong y del juglar Chaix-d'Est-Auge, delante de ese barracón abyecto y vil, bazar en el que Mandrín, miserable bandido, mal lavado se disfrazaba de César riendo y atusándose el espeso bigote, tú, espectro imperial, tocas el tambor.»

Se extinguió la horrible visión. El emperador, desesperado, lanzó un grito de horror, bajando los ojos y alzando al cielo las manos. Las Victorias de mármol allí esculpidas, blancos fantasmas que permanecían de pie fuera del sepulcro, se hacían señas, y apoyándose en la pared escuchaban en las tinieblas los sollozos del Titán. De repente